

CONFERENCIA DEL EMMO. SR. CARDENAL D. ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA, ARZOBISPO DE MADRID.

«EL MODELO DE SACERDOTE DEL CONCILIO VATICANO II»

*Emmo. Cardenal Antonio M^a Rouco Varela.
Arzobispo de Madrid.*

Agradezco a D. José Antonio sus palabras de presentación, que aunque uno tiene oído muchas veces le traen los colores a la cara, pero la veteranía también te hace en esto humilde. Por otra está bien el cariño que se pone en esas palabras por parte del que hace la presentación que merecen por parte del presentado una gratitud grande.

Agradezco al Sr. Obispo de Ourense, a D. Luis, el que me haya invitado a estar con ustedes en este día tan señalado del Bicentenario del Seminario Diocesano, que además es de Ourense, que además es de Galicia; todos son títulos que evocan opciones, trayectorias de vida, de la Iglesia y emociones también.

Cuando me preguntaron por el título que podría ofrecer para esta charla me pareció que podríamos recordar la visión que del Sacerdocio nos ha ofrecido el Concilio Vaticano II. Y justamente ahora, en este tiempo, en la encrucijada del año 2000 al comienzo del tercer milenio captar el momento histórico del sacerdocio. Es apasionante para el que habla, en una especie de repaso de la historia colocar esta fecha en paralelismo con la fecha de la fundación del Seminario, el año 1804. En ese paralelismo de encrucijadas históricas quisiera yo comenzar mi charla para hablar del modelo sacerdotal del Vaticano II. Lo haré según un esquema que les adelanto:

Haré una aproximación histórica comparativa del año 1804 y del año 2004, en torno a elementos muy característicos de la vida de la Iglesia y de la sociedad en estas dos fechas históricas que yo me atrevo a calificar de «oscura encrucijada».

En una segunda parte, la vía de la renovación de la Iglesia y de la sociedad que depende siempre de la renovación del sacerdocio y del sacerdote. Se pueden buscar muchas claves de progreso para un pueblo, para una sociedad pero ya desde después de Cristo y desde el Cristianismo en países y entornos culturales de amplia centralidad cristiana es muy difícil que pueda lograrse renovación de la sociedad, renovación de la Iglesia, sin renovación del sacerdocio y de los sacerdotes.

Una tercera parte en la que el modelo del Vaticano II, sus rasgos teológicos, espirituales, pastorales, son la clave para la renovación del sacerdocio y por lo tanto claves para la renovación en el momento actual de la vida de la Iglesia y de la sociedad o lo que es lo mismo para la renovación de todos nosotros.

Para terminar hablaré de «una nueva ilusión sacerdotal».

Por lo tanto una aproximación histórica, dos encrucijadas; la clave para la renovación de la sociedad y de la Iglesia es la renovación del sacerdocio; la clave para alcanzar esta renovación es volver y vivir el modelo de sacerdocio del Vaticano II; una nueva ilusión sacerdotal.

1. La Evocación Histórica.

El año 1804, al comienzo del año cuando se erige el Seminario de Ourense por un Obispo con una gran personalidad histórica, en ese año la situación del mundo, de todo el mundo conocido, se caracterizaba por que hacía muy pocos años que había muerto Pío VI en el destierro de Francia impuesto por Napoleón. Los periódicos de la época presagiaban que con aquel anciano se había acabado el Papado como señal de lo que como creían ellos, había expresado Voltaire como deseo histórico «acabad con la infamia», que se termine la Iglesia Católica.

La muerte de un Papa en el destierro hace 200 años impuesto por el jefe de un estado que se llamó emperador muy pronto, aquel año de 1804 comenzó a llamarse emperador después de la coronación en la Catedral de Nôtre Dame, se auto coronó Napoleón en la presencia del sucesor de Pío VI; se creía que significaba el final de esa institución milenaria, del sucesor de Pedro y el final de la Iglesia Católica. Creían que no iba a haber elección de un nuevo Papa; Roma estaba tomada por las tropas francesas; pero sí, hubo nuevo Papa, los Cardenales reunidos en secreto en Venecia eligen un nuevo Papa, Pío VII. Su pontificado iba a durar hasta 1823, con él se inicia una historia nueva del pontificado y de la Iglesia que dura hasta hoy mismo.

Aquella humillación humana e histórica del pontificado, de los papas de aquel entonces, tuvo mucho de bendición.

En primer lugar el pueblo cristiano empezó a amarlos más que nunca; hay que recordar el viaje de Pío VII en su carruaje subiendo desde el norte de Italia hasta Francia para acudir a la coronación de Napoleón; como el Papa es aclamado y acogido por el pueblo, no se si como a Juan Pablo II doscientos años después pero pienso que quizá sí; incluso con una hondura más comprometida y más peligrosa. Pío VII es de nuevo humillado por el emperador; en un mundo que el creía que podía dominar, como después le va a ocurrir a otros que a lo largo de la historia de los siglos XIX y XX sobre todo de Europa han creído que pueden modelar el mundo a su imagen. Este Papa, de nuevo humillado, va a ser el que en el momento de la derrota, 1814, le va a tender la mano, le enviará un sacerdote para que le asista en sus últimos años en el destierro de Santa Elena, que va a ayudar a su familia.

Pero sobre todo va a ser el Papa que va a poner en marcha la respuesta de la Iglesia a un doble reto, el de tener que despedirse del antiguo régimen, tener que despedirse de una Iglesia muy anclada en las estructuras socio-económicas y políticas de la época y tener que empezar a dialogar con un nuevo mundo, el mundo de la Revolución, que en definitiva Napoleón había hecho triunfar expandiéndolo por toda la geografía europea.

Con este pontificado, con estos 23 años de pontificado, se produce, por ejemplo en Francia una renovación de la Iglesia de un profundo calado. Es curioso y simbólico recordar que el año 1802 Chateaubriand escribirá «El genio del Cristianismo». Un conjunto de seglares franceses comenzarán una recuperación intelectual, afectiva y social, no sólo de la fe en Jesucristo, del Cristianismo, sino muy concretamente, de la institución del Romano Pontifica sin igual hasta entonces.

En España en aquellos años, y se puede incluir a Galicia porque nos afectó a todos, incluso a Portugal, estamos a punto de recibir la invasión de las tropas francesas al mando de los generales de Napoleón; ocurriría cuatro años más tarde; el Seminario de Ourense sufrió las consecuencias.

Estamos a punto de emprender la aventura histórica del liberalismo a través de un hecho histórico singular, la constitución de las Cortes de Cádiz del año 1812 en la intervine de manera muy decisiva el Obispo que fundó este Seminario. Una Cortes en la que según la tradición española y europea en general, estaban representados los tres brazos de la sociedad, el pueblo, la nobleza y la Iglesia y, de donde salió una constitución liberal digan de ser estudiada y muy digna de ser apreciada; y que le llaman «la Pepa». Comenzaba un nuevo tiempo.

200 años más tarde, otro Papa, Juan Pablo II, lleva al frente de la Iglesia 25 años cumplidos. Que inicia su servicio a la Iglesia y a la humanidad con el reto, primero interno visto desde el punto de vista de la vida de la Iglesia, pero con una gran proyección sobre la vida de la sociedad y del mundo; que es llevar adelante la aplicación verdadera, honda, fiel del Concilio Vaticano II; y que se encuentra con el reto de la globalización de la humanidad. Una humanidad que se globaliza sin visiones, sin ideologías cerradas, trabadas, aceptadas por mayorías sociales. La gran visión del hombre de la historia de nuestro siglo el marxismo, en retirada. La renovación o el retomar la tradición liberal, que ya tiene 200 años o más; desde luego unas dosis de agnosticismo muy grandes una eficacia tecnológica muy grande, con una ordenación del mercado, de la comunidad política donde las fronteras se diluyen y donde el mundo va caminando a pasos agigantadas hacia fórmulas globales de ordenar el derecho, de abarcarlo y de avanzar quizá brevemente, en el camino de la paz. El terrorismo internacional, sus organizaciones son un signo en negativo de lo que significa la humanidad globalizada del año 2004.

En esa encrucijada el Papa aborda las respuesta a las grandes ofertas de sentido y de vida de la cultura y sociedad de nuestro tiempo con una afirmación plena, completa, sostenida desde su primera encíclica «Redemptor Hominis», de que hay que volver a Cristo el Salvador del mundo. Si hay un año sintomático para revelar lo que significa el pontificado de Juan Pablo II, es el año del jubileo de los 2000 años de la historia de nuestra salvación; y, dentro de ese año la publicación de un documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, que el Papa subraya dándole fuerza en una serie de intervenciones públicas, desde la jornada mundial de la juventud de ese año, hasta la celebración del jubileo de los Obispos en octubre del año 2000; un documento que se titula «Dominus Iesus» «El Señor Jesús», donde se afirma la plenitud de la fe en Cristo, la plenitud del significado salvador de Cristo para la humanidad y por lo tanto se marca el camino que Dios traza a través de la historia, a través de Cristo, como camino de salvación para la humanidad.

Dentro de esta encrucijada histórica se me ha ocurrido ver, en torno a ella, figuras y modelos sacerdotales vividos y vivos. La encrucijada del año de 1804 conocía la figura insignificante de un joven francés, **Juan María Vianney**, hijo de una sencillísi-

ma familia de labradores, que tenían su casa y su tierra de labor muy cerquita de Lyon, vieja tierra de cristiandad, que lo alistan como soldado de Napoleón y que como era un infeliz muy grande terminó siendo un desertor sin saberlo, lo quieren meter a la cárcel sin el saber muy bien por qué y que ya muy mayor, pasados los treinta años quiere ser sacerdote y le cuestan mucho los estudios. En las biografías de San Juan María Vianney siempre se ha intentado al final recomponer esta imagen diciendo, «no era tan tonto como parecía», pero lo cierto es que él nunca aprobó la teología, es decir el terminó siendo un santo sacerdote sin haber aprobado los últimos años de la teología gracias a la intervención de un canónigo de su diócesis que le avaló ante el Obispo a quien dijo: mire usted ordénele que me voy a hacer cargo de él los primeros años y así fue. A los tres años de ministerio sacerdotal le mandan de cura a Ars, un pueblo perdido en la llanura de Lyon, en el camino hacia Ginebra. Él llegó allí a ese pueblucho perdido de la Francia rural de entonces y se encontró con un chavalín que le pregunta: - ¿qué vienes a hacer aquí?; y él le contesta: -«yo te voy a enseñar el camino del cielo». San Juan María Vianney murió el año 1859, había nacido en 1786, el último año de su vida confesó 80.000 personas. Era uno de los hombres más famoso en la Francia de 1850; no había salido de Ars, ni de su humilde casa, ni de su humilde confesonario, ni de su humilde Iglesia, pero se había convertido en un guía espiritual en la nueva realidad de la Iglesia y de la sociedad en Francia.

También nosotros tenemos ahora, en el año 2004, figuras de grandes y santos sacerdotes. Podemos quedarnos con los españoles, los canonizados en los últimos años por Juan Pablo II.

San Alonso Orozco, sacerdote agustino, apóstol del Madrid del s. XVI la España de Felipe II, el gran momento histórico del imperio español, visitaba los enfermos en los hospitales, a los encarcelados en las prisiones y a los pobres en las calles y en sus casas, confesor y director espiritual de gran resonancia en el pueblo y en la corte.

San Josemaría Escrivá, canonizado por Juan Pablo II en octubre del pasado año, sacerdote español que ha influido extraordinariamente en la trayectoria espiritual del presente y del futuro.

San José María Rubio, sacerdote jesuita, canonizado el cuatro de mayo en la plaza de Colón, andaluz pero recriado como jesuita en Madrid era una persona siempre abierta a dar todo tipo de ayuda, o de búsqueda de ayuda de cualquier género de personas en la sociedad madrileña del primer tercio del siglo XX; una sociedad difícil, compleja, llena de contradicciones y de conflictos.

San Pedro Poveda, un sacerdote de origen Andaluz, también recriado en Madrid apóstol de la presencia de la Iglesia en el mundo de la cultura, recién canonizado por Juan Pablo II en el año 2004; sacerdotes los tres de nuestro tiempo.

Si uno compara estas figuras sacerdotales con el Cura de Ars, resulta que no hay tanta diferencia entre unos y otros, en los rasgos esenciales que los configuran yo diría que ninguna.

Este año, el 4 de agosto, me tocó a mí por invitación del Sr. Obispo de Ars presidir las celebraciones de la fiesta del Santo Cura de Ars en Ars; en la vigilia del día

anterior con mucha gente, muchos niños y muchas familias con niños, me fijé en una niña pequeñita, de unos siete u ocho años, arrodillada delante del Santísimo y le dije al sacerdote francés que me acompañaba: pregúntale que hace; y le contesta «le estoy pidiendo a Jesús muchos y santos sacerdotes».

2. La renovación de la Iglesia y de la sociedad depende de la renovación del sacerdote y de los sacerdotes, hoy.

Para verlo así quizá convenga situarlo en la realidad actual con un análisis brevísimo del sacerdote y de las vocaciones sacerdotales, vista la situación desde España. Todos somos conscientes y más los sacerdotes y más los que peinamos canas, que hemos vivido en las tres últimas décadas del siglo XX una crisis sacerdotal evidente. Fenómenos en los que se ha manifestado: secularizaciones; los abandonos del ministerio; crisis de los Seminarios, en Ourense no, pero en la mayor parte de las Diócesis gallegas y españolas se ha vivido en términos dramáticos, se ha pasado de un Seminario con 200 seminaristas en junio de 1971, a un Seminario en septiembre del 71 de 15 o 16 seminaristas, un derrumbamiento en definitiva; planteamientos ideológicos en torno a la identidad sacerdotal, se pregunta ¿qué es el sacerdote? ¿tiene sentido el sacerdocio ministerial?. Las preguntas iban unidas con otras sobre la misión de la Iglesia, la misión de los seglares, la misión de la vida consagrada, sobre la eficacia del ejercicio del ministerio. Vivíamos en tiempos donde el triunfo del marxismo parecía inevitable, además en virtud de lo que podría llamarse surrealismo histórico, de algún modo había como un reclamo desde esa conciencia de ser realistas y eficaces en la historia, de que la figura, el ministerio sacerdotal fuese eficaz y realista.

De ese tiempo hemos pasado ahora a los datos estadísticos de los seminaristas españoles en el año 2003-2004, que nos los han presentado desde ciertos sectores de la opinión pública como muy negativos. Han comparado los datos estadísticos del año 2003 con los del año 1953, cosa sorprendente porque es evidente que el contexto histórico existencial del año 1953 es completamente distinto del de hoy en el año 2003, entonces habría seis o siete mil seminaristas en toda España, hoy sumando seminaristas mayores y menores, el dato que hemos dado en la Conferencia Episcopal en noviembre es que tenemos 1700 seminaristas, habíamos llegado casi a 2000 hace diez años. Hemos bajado, eso no va bien se puede decir, pero no compare usted con los de hace 50 años, compare usted con el número de seminaristas del año 1982 cuando estábamos todavía en la ebullición de la crisis, había 1200 seminaristas; por lo tanto después de veinte años mantenemos un índice de seminaristas superior al del año 1982.

Y además con un dato sociológico que no se puede olvidar, que durante estos 20 años ha disminuido el número de jóvenes en total. Si uno hiciese la comparación del número de jóvenes que había en España en 1953 y lo dividimos por el número de seminaristas de entonces, y lo comparamos con el dato del número de seminaristas por número de jóvenes del año 1982 y del año 2003, creo que tenemos que decir que el dato del año 2003 es un dato para la esperanza.

Y es un dato para la esperanza la nueva generación de sacerdotes en España en este momento. No son muchos, pero los hay. No tienen el perfil de los sacerdotes que vivieron la crisis de después del Vaticano II, evidente. Ni tampoco de los sacerdotes que llegaron al sacerdocio antes del Vaticano II, también. Son otros. Pero también sin grandes angustias en torno a su vocación, a su ministerio, y creo yo, con muchas ilusiones en torno a las posibilidades que el ministerio sagrado les ofrece para su vida y para su inserción en la Iglesia y en la sociedad.

¿Podríamos hablar de una nueva generación de sacerdotes de Juan Pablo II? Cuando el Papa hablaba a los jóvenes en Cuatro Vientos, diciendo que él era joven, un joven de 84 años, le contestaban, somos los jóvenes del Papa, los jóvenes de Juan Pablo II. Creo que en esa respuesta masiva al Papa, se puede incluir la respuesta de los jóvenes sacerdotes españoles y de muchos de otros países que podrían decirle que eran sacerdotes de su pontificado, de su tiempo histórico, que sintonizan espiritual y pastoralmente con él; que tienen la misma sensibilidad a la hora de abordar la misión de la Iglesia en este momento histórico.

3. El modelo de sacerdote del Vaticano II

Con este primer análisis de la realidad de sacerdotal del año 2003, de los Seminarios en el año 2003, podíamos abordar, con firmeza y sin temor, lo que está todavía en marcha, que es la renovación de la Iglesia del Vaticano II. Hay voces que dicen que es necesario un Vaticano III, a lo que el Papa responde siempre: «vamos a ver si llevamos adelante y completamente el Vaticano II».

Del Vaticano II está hecha, lo que podríamos llamar, la renovación estructural de la Iglesia, la introducción en la Iglesia de los elementos que podríamos denominar, Sinodales, de participación de sacerdotes, religiosos, seglares. En Roma en la semana pasada, tratamos en el Congregación para el Clero, de los instrumentos de consulta, de participación sinodal, cuasisinodal de las Iglesias particulares, de las parroquias, del consejo de Presbiterio, del Consejo de Economía, del Consejo Pastoral. Se trataba de ver como sería la situación en este momento en la Iglesia Universal y, el resultado de la experiencia, salvo en algún caso particular es satisfactoria y que hay que ahondar en ella y llevarla adelante pero básicamente está hecha.

En otros muchos aspectos de la reforma, en la liturgia, en la enseñanza, en las instituciones, que el Concilio puso en marcha se llevaron adelante. Pablo VI, las impulso con firmeza; se publicó el nuevo Código de Derecho Canónico, en dos partes el de la Iglesia Latina y el de la Iglesia Oriental.

La Renovación Pastoral; ya aquí tenemos que empezar a decir que nos queda mucho trayecto por recorrer. Es necesario reemprender de nuevo el trayecto en la Evangelización, en la educación en la fe, en la educación litúrgica, en la condición del apostolado de los seglares dentro y fuera de la Iglesia. Camino por recorrer todavía.

La Renovación Espiritual, esa que en definitiva es la llave de todas las demás, de la fecundidad de todas ellas, de todas las reformas del Vaticano II. Yo creo que aquí

todavía nos queda mucho camino que andar. Se puede hablar de una espiritualidad, efectivamente, no sólo del sacerdote sino de la vida cristiana estilo Vaticano II. En los documentos conciliares hay un fondo de renovación espiritual de una gran riqueza. No sólo al hablar del concepto de la Iglesia, no sólo al hablar del conocimiento del hombre, sino también a la hora de llegar de nuevo al conocimiento en sí, a la hora de entablar diálogo con la cultura, a la hora de transmitir la experiencia del conocimiento de Cristo.

Por eso nuestro reto desde el punto de vista de la actuación de la Iglesia, consiste, el Papa nos lo ha dicho bien claro en la «Novo Millenio Ineunte», concluido el año jubilar de 2000: «Entrar de lleno en el misterio de la persona y el misterio de la Salvación que nos ha traído Cristo». Y entrar con toda la vida, entrar también con la inteligencia. La luz de Cristo se necesita para saber responder a todos los grandes interrogantes del hombre; no para resolver problemas científicos de carácter empírico de primera mano, pero sí para dar respuesta a los grandes interrogantes que se plantea el ser humano de sí mismo, del tiempo y de la eternidad. Y también con el corazón. El conocimiento de Cristo exige corazón, porque es el conocimiento de una persona; a las personas no se las conoce abstractamente, como un teorema matemático o un problema de física, sino que se las conoce de ojo a ojo, de rostro a rostro; y con toda la voluntad, diría San Ignacio.

No hay otra fórmula para salir victoriosos del gran debate histórico de este momento entablado entre una forma de concebir la historia y el mundo nacida hace 200 años en ese momento histórico del que hemos hablado, y que nosotros llamamos hoy secularismo y que entonces denominaban materialismo, ateísmo. Hoy se ha acuñado la expresión secularismo, ser del siglo, ser del tiempo.

Esa renovación de la Iglesia, una renovación que debe de nacer y puede nacer de las fuentes del Vaticano II y de su espiritualidad, la necesita la sociedad actual, donde el secularismo y el inmanentismo han sido llevados hasta sus últimas consecuencias, y no sólo en personalidades aisladas, en corrientes culturales más o menos vigorosas y fuertes, sino en lo que es la tonalidad general de la sociedad europea; la discusión en torno a la inclusión de las raíces cristianas en la constitución europea de estos días es todo un signo de lo que ocurre en estos momentos. Aunque también nos alegra saber que el tema ha interesado; hace dos semanas en el parlamento Alemán, el Bundestag, se ha discutido expresamente y con pasión entre todos los grupos parlamentarios si había que hablar de Dios en la constitución o no. No se si en el parlamento español eso es posible, me parece que no, en el Bundestag sí, e interviniendo todos los grupos.

Por lo tanto ciertamente sociedad inmanentista, pero cuando llega un momento de encrucijada como este y un problema, aparentemente formal, como es el de formular la constitución europea y la carta de derechos, y si hacemos referencia o no en el proemio a las raíces cristianas, y cuando se defiende, que da igual, que lo importante es que las vivamos, que los cristianos sepamos defenderlas. ¡Ah! Pero no, resulta que el tema interesa, e interesa a los diputados, habiéndose discutido también en el parlamento italiano.

Una sociedad, la nuestra, donde las personas mayores están en todo, la desproporción demográfica cada vez mayor. Una sociedad que, por lo tanto, está haciendo solitarios y se está haciendo muy en solitario; el fenómeno de la joven o el joven que vive solo, no solamente los mayores que en un gran tanto por ciento están abocados a vivir solos, sino los jóvenes que cada vez en mayor número eligen el camino del no compromiso, de ningún tipo, ni siquiera el vivir juntos, ni de hecho.

Y por tanto una sociedad que es difícil que viva solidariamente.

Podemos poner como criterio de comprobación de esta falta de sensibilidad social el problema del hambre en el mundo, un problema que ya nos preocupaba cuando yo era joven. Podemos preguntarnos cómo era la situación de África en 1964 y como está hoy, en el año 2004. Realmente mucho peor. Dramáticamente peor; y sin mucha esperanza de mejorar. Faltan personas con vidas solidarias, que entreguen sus vidas para ayudar a sus hermanos.

Y sin embargo es una sociedad la nuestra, la discusión acerca de la inclusión o no en la constitución europea de las raíces cristinas lo demuestra, donde hay mucha nostalgia de creer, de esperar y de amar; hay nostalgia de Dios muy fuerte; que se nota muchísimo en las generaciones jóvenes. Hay como una búsqueda, más o menos implícita, y a veces explícita, de la respuesta para la vida que viene del Evangelio.

El modelo de las jornadas del Papa con los jóvenes, como la de Cuatro Vientos, e incluso la de la Plaza de Colón, son un síntoma muy notable. Es verdad que los jóvenes de Cuatro Vientos representan al 10% o al 15% de la juventud española, pero yo pregunto quién es capaz de juntar un millón de jóvenes para hablarles de Dios; y ¿por qué van?; ¿por qué sintonizan con el Papa?

El Papa en su mensaje del día 3 de mayo no fue a contar cuentos o para hablar del Señor de los Anillos, o de Harry Potter. El mensaje fue para hablar de Cristo, de la vida interior, del compromiso que de ahí se deriva, de la vocación personal, de la profesión, para ser seglares dispuestos a ser testigos de la fe en medio del mundo; también para animar a asumir la vocación especial en la vida, la vocación al sacerdocio, a la vida consagrada.

Podemos decir que nuestra sociedad busca Santos. A veces hay voces críticas con el Papa; que ha beatificado y canonizado religiosos, religiosas, sacerdotes y también seglares, dentro de unas semanas beatificará a una madre de familia, diciendo que ya está bien de beatificaciones.

Pero de algún modo se puede hablar de nuestro tiempo como un tiempo en el que «se buscan santos». El tiempo nuestro que busca santos: Madre Teresa. Se pueden nombrar muchos más del estilo de Madre Teresa y del estilo de la beata Maravillas de Jesús, o de Santa Teresita de Jesús que tanto éxito ha tenido la visita de sus reliquias; pero no sólo aquí, en medio mundo; una joven que murió con 24 años sin haber salido de su encierro en la comunidad de carmelitas de Lisieux, y que habló tan bellamente de que ella iba a seguir haciendo el bien desde el cielo y que iba a hacer caer sobre el mundo como una lluvia de rosas. Por algo será.

Pues bien en esta Iglesia del Vaticano II y esta sociedad del año 2004 para conseguir que cuaje una verdadera renovación necesitan de sacerdotes renovados. Renovados tanto en el clero secular de una manera especial, somos la mayoría, como en el regular, los religiosos también. Y eso sólo se puede conseguir siguiendo el modelo del Vaticano II.

El Vaticano II no se centró en la teología del sacerdocio. Nunca la teología inventa del todo, plenamente, ninguna de las figuras doctrinales, dogmáticas, canónicas o pastorales de la Iglesia. La teología si quiere ser auténtica, si quiere ser viva, si quiere dar respuesta debe acudir una y otra vez a la fuente de donde ha nacido, donde tiene que nacer su reflexión dentro de los tiempos que es la de la relación plena con el que es el Verbo del Padre, que es la persona desde la cual y por la cual se ha hecho todo y que ha intervenido plenamente en la historia haciéndose hombre.

El Vaticano II, sin embargo, ha ofrecido la presentación de la figura, de los rasgos del sacerdocio; una aproximación unida a esas fuentes, con un nuevo estilo, con nuevos métodos y con una sensibilidad histórica que es la de este tiempo. El Señor es siempre el mismo, ayer, hoy y lo será en el futuro; pero siempre, también diverso, en el sentido de que cada época necesita de su presencia y el Rostro siempre es el mismo, nuestros ojos son los que cambian.

El Vaticano II ha ofrecido una teología, una doctrina sobre el sacerdocio. En la constitución dogmática «Lumen Gentium» sobre la Iglesia, comienza la «Luz de las gentes es Cristo»; y un decreto especial dedicado al sacerdocio y a los sacerdotes «Presbyterorum Ordinis», fruto de unas largas, larguísimas deliberaciones, que luego la Iglesia desarrolla a través de un Sínodo en 1990 y que cuaja en una Exhortación post sinodal de Juan Pablo II llamada «Pastores dabo vobis».

Brevemente cuáles son los rasgos de esta presentación del sacerdocio que hace el Vaticano II:

Hay una afirmación de uso ontológico y espiritual, central en el Concilio: que el Sacerdote es un cristiano pero que recibe una consagración, por el sacramento del Orden; un carácter y además que vive una misión en función de la cual está también el carácter recibido. Se le podría definir como aquel cristiano que tiene la misión, para eso recibe el carácter y el don del Espíritu Santo, de hacer presente y viva la persona del Señor en medio de su Iglesia. El sacerdote tiene una misión para actuar «in persona Christi».

Ciertamente ésta visión del sacerdote, este elemento esencial de la caracterización del sacerdocio ministerial, tiene antecedentes inmediatos; los que nos formamos en los seminarios de toda la Iglesia de los años 50 del pasado siglo oímos muchas veces que se nos decía que el sacerdote es «Alter Christus»; el Vaticano II no dice tanto, dice actúa «in persona Christi» no que sea otro Cristo, de alguna manera todo cristiano debe ser «otro Cristo». Pero era un precedente inmediato y que entendíamos bien los que entonces nos formábamos en los seminarios y que marcó nuestra espiritualidad profundamente.

Esa consagración para esa misión del sacerdote, definida así para actuar «in persona Christi» en medio de la Iglesia y del mundo, el Vaticano II la coloca dentro de una

relación de comunión. No es una misión y una función que se individualice de tal manera que sólo el cura, el sacerdote, la persona concreta la viva sino que sólo se puede vivir en comunión, formando parte de un presbiterio unido a un Obispo y formando así parte, íntegra, del «ordo episcoporum» del orden de los obispos en comunión con el Obispo de Roma que es su Cabeza y su principio de unidad. No se puede realizar esa misión de «representar a Cristo» sino se está unido al Obispo, y a través de él al orden episcopal y al Obispo de Roma; el que la quiera vivir separado del presbiterio diocesano y de su cabeza, del colegio episcopal y de su cabeza, no actuará en la persona de Cristo, por que al final el orden de los presbíteros y de los obispos con su cabeza, ante el mundo y visto en su unidad, representan la persona del Señor y la Iglesia.

Eso es la realidad, ontológicamente quieran ellos o queramos nosotros o no, a veces incluso en contra de nosotros ocurre, tiene lugar esa función de actuar «in persona Christi». Puesto que es un servicio, es un ministerio para servir al pueblo de Dios para hacerlo como el «que sirve».

Es definitivo para la espiritualidad sacerdotal el recurso que hace el Concilio, claramente en la teología y en la forma de renovar la liturgia, al gesto del «lavatorio de los pies» en la tarde del Jueves Santo y a la celebración anterior del todo el presbiterio diocesano con su Obispo en la Misa Crismal, la misa de la bendición de los óleos. Toda la intención del Concilio se ha concentrado litúrgicamente en ese concepto para que el pueblo de Dios sepa que significa que en medio de él haya sacerdotes y haya obispos, haya ministros que ejercen el sacerdocio tal como lo quiso el Señor, como el que sirve.

Por eso el segundo rasgo de la visión del sacerdote que ofrece el Vaticano II, de orden pastoral y espiritual, es el de poner en primer lugar de las exigencias de vida para el sacerdote lo que el Concilio llama la «Caridad pastoral». Lo que llama y califica como el centro de lo que debe ser la existencia y de la vida del sacerdote. Lo que debe modificar la vida y la existencia del sacerdote es su caridad pastoral, el amor de Cristo y a Cristo llevado al hombre; llevado al hombre de una forma que lo quiere comprender y amar en toda su totalidad, en todas sus necesidades, empezando por los más pobres y necesitados en el cuerpo, en la vida real y también en el alma, en nuestra sociedad hay pobres que externamente no lo son pero internamente lo son, y al revés hay pobres que externamente lo son e internamente no, el Cura de Ars era un pobrecillo externamente, pero muy rico de alma y de vida interior.

Y, caridad pastoral supone entrega al hombre amándolo y una forma de vida. El celibato sacerdotal en definitiva se explica por esta exigencia de entrega completa y total de la vida del sacerdote a los demás, buscando su bien total, su bien integral; la espiritualidad que aparece, claramente durante la segunda mitad del segundo milenio del cristianismo y que tal vez, ancla sus raíces mucho antes, se hablaba del «celo por la salvación de las almas». Paralelamente en el contexto del Vaticano II es el «celo por la salvación integral del hombre».

Por eso hay un tercer rasgo que el Concilio señala con definitorio de la existencia y para la experiencia sacerdotal para los sacerdotes de este tiempo; Es la Obediencia,

y viene determinada por la plena obediencia a Dios, al Padre según el modelo de Cristo y vivida con la plena aspiración a que entre en la vida de cada uno el Espíritu Santo que hemos recibido por la ordenación.

Esa obediencia es «conditio sine qua non» para que se pueda tener caridad pastoral. Poner y someter la voluntad propia a la voluntad del Padre, no del Dios abstracto, sino a la voluntad del Dios Padre que conocemos muy bien a través del misterio del Hijo y que sabemos que se puede vivir por la fuerza del Espíritu, es imprescindible para centrar la vida y la personalidad sacerdotal y ponerla al servicio de la renovación de la Iglesia y de la sociedad. Por ello en la vida del sacerdote tiene una enorme importancia la oración vivida apostólicamente, es decir para los demás. La expropiación típica de la espiritualidad sacerdotal exige hasta la expropiación de su oración. Hay que orar más por los demás que por uno mismo. Es más, hay que centrar la oración en los demás y no en uno mismo. Eso exige un ambiente de oración donde lo místico, y no hay que tener miedo a la palabra, debe jugar un papel fundamental; en definitiva el cristiano debe ser un místico.

Y vivida así esa experiencia de la centralidad de la obediencia al Padre según el modelo de Cristo que hará posible vivir la caridad pastoral; conduce a vivir gastándose y desgastándose en el amor al hermano, al hombre que lo necesita.

Es evidente que estos rasgos de la figura del sacerdocio que el Vaticano II coloca como elementos centrales de su modelo no lo agotan; es evidente que el modelo es más rico, que se puede concretar más; cuando se viven, cuando se intentan vivir, da como resultado unas personalidades sacerdotales muy ricas en lo humano, en lo espiritual, en lo que sea.

4. Una nueva ilusión

En una época de tanta patología psicológica como la nuestra, donde la depresión se da la mano muchas veces con las esquizofrenias, donde uno busca «hombres de una pieza»; uno se pregunta: ¿es que los sacerdotes no son hombres de una pieza?, yo diría que sí, hombres de una pieza; y tienen la oportunidad de vivir su vida con una plenitud de elementos humanos, espirituales y, diríamos sociales, como no se pueden dar en otras muchas vocaciones a las que los hombres somos llamados.

Por eso pienso yo que con este recurso teológico, el recurso espiritual que nos ofrece el Vaticano II, tenemos derecho y hasta el deber de vivir nuestro presente y nuestro futuro con ilusión. Primero los sacerdotes mayores, los de la generación de antes del Concilio y de inmediatamente después de la cita conciliar, que es la más baqueteada y a la que más le cuestan el decir que hay esperanza; en las conversaciones, en los encuentros sacerdotales de los obispos con los sacerdotes suena muchas veces las palabras «desilusión», «cansancio», «agobio». Pues no, claro que no. Hay que mirar a lo que uno tiene alrededor para darse de cuenta de que ni hay que pensar así, ni hay que actuar así, ni hay que vivir así, sino todo lo contrario.

Y luego las demás generaciones sacerdotales que por juventud están más receptivas y fáciles para la ilusión, aunque puedan aparecer breves momentos

desilusionantes, pero que sepan que de su ilusión depende en gran medida el futuro de la Iglesia y el futuro de la sociedad.

Y luego ilusión para las comunidades eclesiales. A veces se oye, «que no hay sacerdotes, que el servicio es flojo». Estoy seguro de que tendremos que llegar a la nueva formulación de la relación del ministerio sacerdotal y de la vida pastoral comunitaria, pronto. Que es muy difícil el cambio, ya que exigir o pedir que haya celebración de la Eucaristía dominical para comunidades de 10 personas, de 20 personas, que han sido parroquia toda la vida, por más de mil años es muy complicado; en fin, hay condicionamientos sociológicos que van a obligar, que ya están obligando a remodelar la estructura del servicio pastoral de los sacerdotes, en las zonas rurales pero de algún modo también en las zonas urbanas.

Crear ilusión, tenemos que contraer nuevas responsabilidades, pero hay también, nuevas posibilidades de compromiso, de participación de los seculares en la vida de la Iglesia, y no digamos ya las personas consagradas. También ilusión para las familias cristianas, que no lo tienen fácil, pero cuando se sienten arropadas y enmarcadas en la vida pastoral de la Iglesia y hay sacerdotes de cuerpo entero que están a su lado, van a encontrar muchas fuerzas para la misión y para vivir esa vocación fundamental de familia cristiana.

Y por eso pienso yo que hay mucha ilusión, que puede haberla, para los jóvenes y para las jóvenes generaciones, que tengan a contar en el futuro con sostener a un montón de personas mayores, la generación de los abuelos, de los que somos y de los que serán.

E ilusión a cerca de que en el debate, el gran debate de la cultura actual polarizada, globalizada, secularizada, pero también el gran debate de una cultura ansiosa y nostálgica de Dios, pienso que la ilusión del Evangelio va a triunfar y que por eso nuestro tiempo, tiempo de comienzos del s. XXI, de inicio del tercer milenio, es un tiempo donde alumbraba la esperanza, donde alumbran tiempos de esperanza.

Muchas gracias.